

Brieva Salvatierra, Fernando Segundo

Ilmo. Señor. Si es de varones amaestrados en la ciencia y de claro entendimiento el desconfiar de las preciadas dotes con que pródiga les adornó la naturaleza ... ¿qué diré yo, ... en los talentos pobre, en el saber escaso ...? / Fernando Brieva y Salvatierra.

Madrid : [s.n.], 1867.

Vol. encuadernado con 7 obras

Signatura: FEV-AV-M-01457 (03)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

Allí en fin cuanto de más insignie ha producido el español linaje, en maravillosos conceptos nos asombra y asombra. En todos las españolas tierras gozaban de continuo los vivificantes rayos del dorado astro, y el activo pendor castellano, siempre invitado, la atención fiera pasaba. Envidiosos vivían príncipes como aquel Carlos, que después de haber sostenido sobre sus robustos hombros el peso de dos mundos, iba á cavar bajo las sombrías bóvedas de Yuste una ignominiosa sepultura. Envidiosos repúblicos como el fundador de la Complutense, envidiosos como el gobierno; las artes en manos de Bettrurelo y Becerra, granada en manos de la y de la y de la; las letras, debían á un Garcilaso, á un Granada, á un Herrera, más maravillosos triunfos; los estudios clásicos se gloraban con un Montano y un Francisco Sanchez; nuestros teólogos llevaban la voz en el sínodo Tridentino, y las armas se ostentaban temibles, quisiera por un duque de Alba, un D. Álvaro de Bazán y un Juan de Prá-

Si es de varones amaestrados en la ciencia y de claro entendimiento el desconfiar de las preciadas dotes con que pródiga les adornó la naturaleza, y sentir turbado y decaído el ánimo al presentarse ante vosotros, insignes doctores, sapientísimos maestros, en quienes el talento y las letras se unen en estrecho y amigable consorcio, ¿qué diré yo, qué será dado sentir á mí, en los talentos pobre, en el saber escaso, y en la ciencia el último y más humilde de los discípulos? ¿Cómo levantar audazmente la voz, sin que el temor la embargue, aquí donde tantas y tan ilustres han resonado? En verdad que si á ello los fueros de la amistad no me obligaran, yo renunciara de buen grado á dirigiros en nombre de estos, mis caros amigos, mi humilde palabra; honor inapreciable, pero que impone deberes sobrado graves y que de más robusto apoyo necesitan. Mas ¿por qué temo? Que si es de esforzados el animar al débil, y de verdaderos sábios el dar cariñoso asilo al ignorante, de nadie puedo hoy esperar mejor que de vosotros ¡oh ilustres herederos de las glorias de la Complutense! la mirada amiga que me ha de alentar en mi desaliento, cual el florido oasis que al fatigado caminante en medio del arenoso desierto el ánimo alegra y fortalece.

Ni trato de hacer meditado y erudito discurso, al que á porfia las joyas del saber y de la elocuencia engalanan; que ni el tiempo ni mis escasas dotes lo consienten. Sólo intento unir á este momento de gozo un recuerdo de gloria, trayendo á la común veneración una de las más insignes que nuestra literatura enaltecen. Voy á hablar, **ILMO. SEÑOR,** de *Don Pedro Calderon de la Barca*.

Sazonado fruto de la benéfica semilla arrojada por los Católicos Príncipes que escribieron el último canto del gran poema de la Reconquista, el siglo XVI es en los fastos españoles el que á todos supera en memorables sucesos, cuyo recuerdo será eterno en la humana historia. Allí el brillo de nuestras armas, allí el esplendor de nuestras letras, allí la prudencia de nuestros repúblicos, allí la sabiduría de nuestros teólogos,

allí, en fin, cuanto de más insigne ha producido el español linaje, en maravilloso concierto nos asombra y suspende. Entónces las españolas tierras gozaban de continuo los vivificantes rayos del dorado astro, y el altivo pendon castellano, siempre invicto, la silenciosa tierra paseaba. Entónces vivían príncipes como aquel Cárlos, que despues de haber sostenido sobre sus robustos hombros el peso de dos mundos, iba á cavar bajo las sombrías bóvedas de Yuste una ignorada sepultura. Entónces, repúblicos como el fundador de la Complutense, dirigían el timon del gobierno; las artes en manos de Berruguete y Becerra, ganaban majestad y bizarría; las letras debían á un Garcilaso, á un Granada, á un Herrera, sus más envidiables triunfos; los estudios clásicos se gloríaban con un Montano y un Franciseo Sanchez; nuestros teólogos llevaban la voz en el sínodo Tridentino, y las armas se ostentaban temibles, guiadas por un duque de Alba, un D. Alvaro de Bazán y un ilustre Príncipe, en quien los laureles de su invicto padre con nuevo vigor reverdecían. Entónces, coronando este monumento de grandeza, florece el *escritor alegre, el regocijo de las musas, el famoso todo*, el admirable é inimitable Miguel de Cervantes, autor del más ingenioso y originalísimo libro que han visto los siglos pasados ni esperan ver los venideros.

Al tenor de tan felices sucesos, la dramática recibía en brazos de Lope de Vega nuevo artificio, más vistosas galas y gallardos primores. Viéndose ya vigorosa y lozana, arroja léjos de sí prestados trajes, sepárase de la comun senda, y libre camina por horizontes nuevos. Quién hay, que pretende que este valiente paso que dió el teatro español lo fué de su ruina, y sin darse punto de reposo se esfuerza por presentar al famoso Lope como el corruptor de la dramática española. Achaque es este y comun manía de los que en extremo aficionados al teatro clásico, quisieran que todos los en más cercanos días nacidos se fundieran en tan estimada turquesa. Forzoso es confesar que el cambio sucedido en el modo de ver las cuestiones literarias, y el adelanto de los estudios crítico-filosóficos, no han sido bastantes para cortar de raíz el ya caduco linaje de los críticos galo-clásicos, que allá en el pasado siglo pretendió resucitar en modernos tiempos teorías literarias que en su mayor parte habían muerto con la antigüedad en que nacieron. El teatro español, al abandonar una senda por donde caminaba sobrado débil y enfermizo, buscó la fuente de su vida y de su grandeza; que vano empeño sería el de aquel que pretendiera desde el silencioso retiro del estudio crear el teatro según su estrecha y apasionada imaginación le forja, y no como fiel reflejo de la vida del pueblo donde nace. Un teatro así, de la erudita imitación nacido, pronto muere, porque le falta el popular aliento, bien así como esas pintadas y olorosas flores, que de apartadas tierras traídas, mueren sin color ni aroma léjos del cielo que nacer las viera.

Pero si el grande Lope habia levantado sobre sus hombros la dramática con tan poderoso esfuerzo, y como dice Cervantes, *alzóse con la monarquía cómica, avasalló y puso bajo su jurisdiccion á todos los farsantes, y llenó el mundo de comedias propias*, estaba llamado á ver á los últimos de su vida oscurecido el luminoso astro de su gloria, para dejar franco paso á uno nuevo y más luciente aún que al mediar del siglo XVII se levantaba. Lope habia creado, ó por lo ménos dado verdadera vida al teatro español; Calderon iba á perfeccionarle, á elevarle á su mayor altura, á hacer de él el primero de las literaturas modernas. ¿Quién, al sólo nombre de este poeta insigne, no siente el ánimo admirado, el entendimiento suspenso y la memoria divertida con el recuerdo de grandes cosas? ¿Quién puede oír sin veneracion el nombre de ese varon extraordinario, que supo llegar á ser el poeta de una grande idea, el poeta del Catolicismo?

Faltábale al teatro español, para llegar á la cumbre de su grandeza, un genio superior, que teniendo todas las dotes que habian lucido en el fecundísimo Lope, y en los que en sus días florecieron, fuera su modelo más acabado. Y he aquí que aparece Don Pedro Calderon de la Barca, al que con razon sobrada llama su entusiasta admirador Schlegel *genio no ménos fecundo, escritor no ménos hábil que Lope, pero mucho más poeta, poeta por excelencia, si alguna vez ha merecido hombre alguno este dictado*. Con su aparicion en la cómica palestra olvidóse como por encanto al que hasta entónces habia sido rey absoluto; el antiguo amor al *Fénix de los ingenios* mudóse en manifiesto olvido, y todos volvieron los ojos al esforzado atleta que recogia el cetro que aquel dejara abandonado. Olvidóse el astro que á su ocaso tocaba para saludar al que de nuevo aparecía; y ¡extraña semejanza! Calderon desterraba del teatro á Lope, como en lo antiguo el grande Esquilo se veia abandonado por el pueblo ateniese, que iba á aplaudir el sublime genio de Sófoles, con quien nuestro insigne dramático tanta paridad tiene.

Para él fueron ahora los aplausos del vulgo, los plácemes de los doctos, los favores de los príncipes, los halagos de aquella caballeresca córte, el orgullo de los propios y la admiracion de los extraños. Colmábase de honores un rey y unos cortesanos livianos y galantes, cuyos ocios divertia, y el pueblo, que veia derrumbarse por momentos el portentoso edificio de su grandeza y desprenderse una á una las perlas de su envidiada corona, aplaudia y amaba al insigne poeta que ponía delante de sus ojos el triste cuadro de a pasada gloria y de la perdida ventura, de las que ya no le quedaba sino el orgullo de su recuerdo.

Cúlpase á Calderon por faltas que en verdad más que á él á su época se deben. Y aun nos arriesgáramos á decir, con peligro de que la proposicion pareciera atrevida, que, á no haber caído en ellas, no fuera Calderon tan insigne dramático, ni ménos el acabado símbolo del inge-

nio poético español en su tiempo. Que puesto que en él era grande, no le es dado á hombre alguno el separarse del todo del comun pensar y sentir de los que en su época viven. ¿Y cómo ser el poeta de aquel pueblo, cómo el defensor de sus creencias, el halagador de sus gustos, el cantor de sus glorias, el mismo que de todas estas cosas despegado en una distinta y desconocida esfera viviera?

Es, pues, el teatro de Calderon de la España del décimo sétimo siglo cuadro exacto y acabado. Perdió la pasada grandeza, olvidadas las lecciones de los insignes repúblicos de anteriores reinados, vencidos nuestros hasta entónces invictos tercios, despreciada toda idea de cordura y de prudencia, y triunfantes sólo la ambicion, la molicie y el desenfreno, ni nuestras armas imponian ya miedo á la tierra, ni nuestro consejo era escuchado ni atendido. Mudóse la gloria en miseria, el valor en arrogancia, el decoro en vanidad, la religiosidad en supersticion venenosa, la prudencia en temeridad, las esforzadas virtudes populares en flaquezas y vicios.

Tal es el pueblo que Calderon nos presenta en el teatro; peregrino contraste de altivez y de miseria, de virtudes y de vicios, de hermosura y de fealdad, de religiosidad y de supersticion, de rígidos principios y de liviandad y ligereza, de esfuerzo de ánimo y de jactanciosa arrogancia.

Y tanto puede en nuestro insigne dramático el influjo de los propios y españoles hábitos, que españoliza todo cuanto crea. Vanamente buscará para argumento de sus comedias, heróicos sucesos de pasadas edades y de extrañas historias; vanamente los hallará en los trabajos de Ulises, en las romanas hazañas ó en las maravillas del pueblo escogido; que sus personajes, como hablan la castellana lengua, así en castellano piensan, á la castellana viven, como castellanos obran, y castellanos son, sin mezcla de extranjera sangre, con ropilla y ferreruero vestidos.

Si tales razones queremos ver probadas, leamos las comedias *históricas*, y las que en su tiempo y aun hoy llevan el dictado de *comedias de capa y espada*, en las que el felicísimo ingenio del poeta luce en todo su vigor y lozanía. Dános en todas la fiel imágen de las costumbres de su tiempo; pero idealizándolas, procurando encubrir cuanto en ellas hubiera de ménos digno y honesto, para dejar ver sólo lo que de grande, de noble é hidalgo tenian. El honor, el amor, la religiosidad; he aquí el fecundo origen de tantas y tan bellas obras, la honesta y noble trama de todas sus comedias. Inspirado por tan levantados afectos, á veces llega hasta la majestad de la tragedia, pintando con enérgicos y sombríos colores el triunfo del honor sobre los más tiernos sentimientos del ánimo, y levantándole un magnífico trono, al par que un tribunal inexorable en *El médico de su honra* y en *A secreto agravio, secreta venganza*. A veces, con variado artificio pinta bellisimos lances de amor y galanteria, haciendo intervenir en la discreta fábula, cortesés, apuestos y valientes galanes, y traviesas, ligeras, aunque recatadas damas, que

valiéndose de multitud de peregrinas industrias, ó merced al secreto del complaciente manto, emprenden una lucha entre el amor y el honor, entre el recato y la afición, que concluye por un casamiento. Tales son joyas de tan subida estima como *La dama duende* y *¡Fuego de Dios en el querer bien!*

Y en las unas como en las otras, ¿qué diremos de aquel combinar de la fábula con tan varios y felices recursos y con tan ingeniosos sucesos, que en gran manera recrea el ánimo y le sirve de solaz y contento? Que puesto que en otras dotes es Calderon excelente, en esta fué extremado y superó á cuantos en el cultivo de la dramática española le acompañaron y precedieron.

Pero donde su genio llega al más alto punto, es en el drama religioso, y por causa de él ha sufrido las más injustas críticas y las más desatinadas diatribas.

Y en verdad, que para escritores protestantes ó para aquellos que no sienten arder en el pecho la purísima llama de la fé, Calderon es incomprendible. Hoy, que por desgracia tan apagadas se encuentran las creencias religiosas; hoy que, segun la acertada frase de un discreto escritor, se tiene fé en la duda y se duda de la fé, ¿cómo hemos de saber apreciar toda la grandeza y sublimidad del drama religioso? A fé que si por de fuera le estudiamos, si nos empeñamos en comprender todas sus bellezas, sin sentir lo que allí se siente ni creer lo que allí se crea, al cabo con el frio en el corazon y la sourisa en los labios, diremos como Sismondi: *Calderon es el poeta de la Inquisicion y del fanatismo*. ¡Ah! ¡Cómo le será dado al ciego juzgar de las maravillas de la naturaleza, y al que no oye de las armonías de la música!

Acojamos la despreciativa frase de Sismondi, acojámosla de buen grado, porque sin duda con ella la gloria de Calderon no disminuye, sino que aumenta.

Sí: para Sismondi y para los que con él discurren, Calderon es el poeta de la Inquisicion, por serlo de un pueblo que durante ocho siglos luchó sin tregua ni descanso por sus creencias religiosas; Calderon es el poeta de la Inquisicion por cantor de aquel puro y sublime afecto que acertó á producir santos tan gloriosos como Ignacio de Loyola y la incomparable Teresa de Jesús; Calderon es el poeta de la Inquisicion, por autor de dramas tan admirables como *la Devocion de la Cruz y Crisanto y Daría*, iluminado por la misma divina luz que hizo concebir á Miguel Angel el terriblemente sublime cuadro del *Juicio final*, y dió á Murillo la purísima imágen de la Virgen Inmaculada. ¡Ah! ¡A no haber sido Calderon tan *fanático*, aquel pueblo, sin entenderle, le hubiera abandonado!

Reinando sobre todo otro afecto en su corazon el fervor religioso, la llama purísima de la fé, parece que sólo cuando esta canta, su poderoso genio despliega todo su vuelo, brilla en toda su sublime grandeza.

Arrebatado su espíritu en la contemplación de las sacrosantas verdades católicas, nos lleva á un mundo ideal y más puro, fuente de continua belleza, centro de clarísima luz; descubre á nuestros atónitos ojos las doradas puertas que á las eternas mansiones conducen, y hace llegar á nuestros oídos los dulcísimos ecos de las celestiales armonías. Presentá-nos entre raudales de sublime poesía los más incomprensibles y sagrados misterios de nuestra religión adorable, las maravillas de la naturaleza y el triunfo de las más heroicas virtudes.

Y si, descendiendo de tan elevadas regiones, pasa el poeta á pintar la lucha entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, ¿quién habrá que pueda gloriarse de haber causado afectos más profundos y conmovedores? ¿Qué cosa más grande que la elocuente pintura de esa continua lucha entre lo terrenal y lo celeste; lucha tenaz é implacable, de la que el hombre, por la gracia ayudado, sale triunfante, y despojándose de los mundanos ropajes, se eleva á las celestiales alturas, vestido con la alba túnica de la pureza y coronado con una guirnalda de flores siempre frescas y olorosas? ¿Qué acción puede darse de efecto más verdaderamente dramático, que las de *La devoción de la Cruz* y *El Purgatorio de San Patricio*?

Y si en pos de más plácidos y suaves afectos vamos, ¿hallaremos algo más conmovedor que los dulcísimos cuadros de caridad cristiana del *Príncipe constante* y *Crisanto y Daria*?

Viviendo en un mundo más puro, Calderón, desde la altura de su genio y de su fé, aprecia en su justo valor la vanidad de lo terreno, y concibe un drama nunca bien ponderado, legítimo fruto de la verdadera filosofía, que sin la religión es sólo despreciable filosofismo. *La vida es sueño*, sublime parafrasis, maravilloso comentario de la doctrina del Cristo.

Bien sé que habrá quien tilde estos magníficos dramas de *inquisitoriales*, ni se me oculta que no faltará quien diga que muy propios de épocas de superstición é ignorancia, hoy á la clara y serena luz de la razón sólo desden y burla merecen. Comun efugio es este de los que, no pudiendo apreciar lo que no tienen bastante alteza de espíritu para comprender, encuentran más expedito y cómodo el acudir á las más injustas diatribas, que el confesar paladinamente su impotencia. Pero seamos consecuentes: «¿Quién afirmará, dice un discretísimo académico de la lengua (1), que muchas de las cosas que en estos poemas serían hoy miradas como grotescas é irreverentes, lo eran para los espectadores del siglo XVII?» «El público, dice Tícknor, refiriéndose al de aquella época (2), no sólo acudía con fé á estas representaciones, sino que veía con gusto

(1) Discurso acerca del drama religioso español, ántes y despues de Lope de Vega, por D. Manuel Cañete.

(2) Historia de la Literatura Española, tom. II, pág. 368.

milagros que enlazaban al santo de su veneracion y sus benéficas virtudes, con la época en que aquellos vivian y su propio bienestar.» Y por otra parte, los que hoy tienen por extravagante y de mal gusto la intervencion de ángeles y demonios en la antigua comedia española, ¿cómo encuentran imponente y majestuosa la de las furias en la tragedia griega? ¿Cómo la de las brujas en las obras del gran dramático inglés? ¿Por qué se gozan en admirar como portentosa creacion originalísima el Mefistófeles de Goëthe, y proclaman que las extravagancias incomprendibles de Fausto son la última expresion de lo sublime que la fantasía es capaz de producir? ¿Pues qué diremos de los que hacen ascos á los milagros, incurriendo en la impiedad de estimarlos por vanas supersticiones, y encuentran bella y poética la ciega fatalidad que hace caer al desventurado Edipo, sin que él pueda sospecharlo, en el parricidio y el incesto? ¿Pero qué mucho, si hasta criticos españoles contemporáneos, respetables por su erudicion y saber, califican de *desatinos* y *repugnantes delirios* obras de enseñanza tan ejemplar como *El mayor desengaño*, de Fr. Gabriel Tellez, cuadro de *expresion terrible*, en concepto de nuestro juicioso Hartzenbusch?»

He concluido mi pobre trabajo, ILMO. SEÑOR, y creo haber demostrado que Calderon ocupa el primero y más encumbrado puesto entre todos nuestros insignes dramáticos. Si algunos defectos en él se notan, si á veces es conceptuoso y gongorino, si afea muchos bellos lances, por el vano deseo de ostentar poéticas galas y sutilezas de ingenio, cúltese ántes que á él á su tiempo, que lo era de decadencia y ruina en las letras como en las artes y en la política.

Por lo demás, profundo en los pensamientos, riquísimo en la inventiva y en el artificio de la fábula, admirable y dulcísimo en la versificación, sublime cuando se arroba con las verdades y bellezas religiosas, enérgico y grande en la pintura del luchar de las pasiones, sabiendo elevarse á veces hasta la situacion trágica, hábil y fecundo en el manejo de los varios sucesos en que retrata las cortesés y caballerescas costumbres de su tiempo, Calderon ocupa, como dice acertadamente Schlegel, el punto más alto del arte romántico, y es, en fin, el gran poeta del Catolicismo.

He dicho.

Fernando Brieva y Salvatierra.

MADRID 23 de Enero de 1867.

millares que enlazaban al santo de su veneracion y sus benditas virtudes, con la época en que aquellos vivian y su propio bienestar. Y por otra parte, los que hoy tienen por extravagante y de mal gusto la inter-veccion de ángeles y demonios en la antigua comedia española, según encuentran imponentes y majestuosas la de las luras en la tragedia griega. Como la de las pruebas en las obras del gran dramático inglés. Por que se gozara en admirar como perfectos creacion originalísima el Melibdeles de Goethe, y proclamaron que las extravagancias incom-precensibles de Racine son la última expresion de lo sublime que la lan-tasía es capaz de producir. Pues que diremos de los que hacen sacos á los millares, incurriendo en la imputacion de estimarlos por vanas su-persticiones, y encuentran bella y poética la ciega fatalidad que hace caer al desventurado Elijah, sin que él pueda escaparle, en el parti-cido y el incerto? Pero que mucho, si hasta criticos españoles contem-poráneos, respetables por su erudicion y saber, caen en la desdichada y repugnante idea de enseñar tan escrupuloso como El un-gor de un quipón, de La Fábula del Fiel, cuando de la expresion variable, en concepto de nuestro famoso Hartzenbach?

Ha consistido mi pobre trabajo, como he dicho, y creo haber demostrado que Calderon ocupa el primero y mas escuadrado puesto entre todos nuestros insignes dramáticos. Si algunos desisten en él se notan, si á veces se conceptúan y categorizan, si otros muchos bellos janes, por el vano deseo de ostentar hostiles yates y bellas de ingenio, enojoso antes que á él, en tiempo que lo era de decadencia y ruina en las lo-tras como en las artes y en la política.

Por lo demás, profundo en los pensamientos, riquísimo en la inven-tiva y en el arificio de la fábula, admirado y delatado en la versilia-don, sublime cuando se arroba con las verdades y bellezas religiosas, energético y grande en la pintura del tochar de las pasiones, sabiendo elevarse á veces hasta la situacion trágica, hábil y fecundo en el manejo de los varios sucesos en que retrata las cortesias y caballerosas cos-tumbres de su tiempo, Calderon ocupa, como dice acertadamente Schlegel, el punto mas alto del arte romántico, y es, en fin, el gran poeta del Catolicismo.

He dicho.

Esteban de Guzmán y Calderón

Madrid 25 de Enero de 1807.